

DT 96  
MB  
18

LAS VELADAS  
DE  
S. PETERSBURGO

SOBRE EL GOBIERNO TEMPORAL DE LA PROVIDENCIA

Esta obra es propiedad de la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE AUTORES CATÓ-  
LICOS, y para los efectos de derecho está bajo la protección de las leyes.  
Todos los ejemplares llevarán su sello.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESA DE LA VIUDA DE DOMINGUEZ,  
Hortaleza 67, bajo.

### PREFACIO DE LOS EDITORES.

La verdad y el error se dividen la tierra, donde el hombre no vive sino como transeunte; donde el crimen, los sufrimientos y la muerte, son para él señales de que es una criatura degenerada; donde la bondad del Criador le ha concedido la conciencia, el arrepentimiento y otros mil auxilios para levantarle de su caída; donde no cesa de marchar hácia el término que debe decidir de su destino eterno, siempre sometido á la voluntad de Dios, que le conduce segun la profundidad de sus designios; siempre libre, por voluntad propia, en hacerse digno de recompensa ó de castigo. Dos caminos pues tiene á su disposición, el uno para perderse, el otro para salvarse; caminos invisibles y misteriosos en los que se precipitan los hijos de Adam, confundidos al parecer en el conjunto, pero divididos sin embargo en dos sociedades que se alejan mas y mas la una de la otra, hasta el momento mismo que debe separarlas para siempre. De este modo nos descubre S. Agustin admirablemente las dos ciudades que al fin de los tiempos debe formar el género humano tomando su origen desde el principio de los tiempos: la ciudad del mundo y la ciudad de Dios.

Dios y verdad son una misma cosa; de donde debe deducirse que toda verdad que sea capaz de recibir la inteligencia humana le proviene de Dios; que sin él no conoceria ninguna verdad, y que ha concedido á los hombres, segun los tiempos y las circunstancias, todas las verdades que necesitaban. De la impotencia del hombre y de la bondad de Dios se deduce tambien la necesidad de una tradicion universal de la que se encuentran en efecto vestigios mas ó menos borrados entre todos los pueblos del mundo, segun que el orgullo de su espiritu y la corrupcion de sus corazones les han separado mas ó menos de la fuente de toda luz; porque el error proviene del hombre asi como la verdad proviene de Dios; y sino clama hácia Dios, el hombre per-

011811

*manece constantemente sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte. (Sedentes in tenebris et umbra mortis. Ps. cvi. 10.)*

El error tiene mil formas y dos principales caracteres: la superstición y la incredulidad. O el hombre desfigura dentro de sí la imagen de Dios para acomodarla á sus pasiones, ó por efecto de una pasión mas detestable todavía, lleva su furor hasta borrarla enteramente de él. El primero de estos dos crímenes los antiguos tiempos, fué el de todos los pueblos del mundo, con una sola escepción; concibieron siempre con respecto al segundo un horror invencible, y los desgraciados que se hacían culpables de él fueron ellos mismos por largo tiempo una escepción en medio de todas las sociedades. Porque esta última impiedad atacaba á la vez á Dios y á la existencia misma de las sociedades; el buen sentido de los pueblos lo había sentido, y en efecto, cuando la infame secta de Epicuro hubo estendido sus ruinas en medio del imperio romano, se pudo creer un momento que todo iba á entrar en el caos. Todo se había perdido sin duda alguna, si la verdad misma no hubiera elegido ese mismo momento para descender á la tierra y *conversar con los hombres. (et cum hominibus conversatus est. Baruch, III. 58.)* Las antiguas tradiciones se reanimaron desde luego, purificadas y santificadas por nuevas verdades; la sociedad que no era ya mas que un cadáver pronto á disolverse, volvió á tomar vida y movimiento, y ese principio de vida que le habían dado las tradiciones religiosas no pudo quedar estinguído ni por las revoluciones de los imperios, ni por una larga serie de siglos iliterarios que se ha convenido en apellidar bárbaros. Los síntomas de muerte no reaparecieron hasta el siglo XV, llamado el siglo del *renacimiento*: entonces fué cuando volviendo á tomar la razón humana su antiguo orgullo, que se creyó para siempre aniquilado por la fé, se atrevió de nuevo á escudriñar y atacar las tradiciones. No siendo ya posibles las supersticiones del Paganismo, la incredulidad sola fué quien intentó este funesto combate: ella destruyó poco á poco el antiguo y maravilloso edificio levantado por la verdad misma, y no cesando de negar unas despues de otras, todas las creencias religiosas, es decir, todas las relaciones entre el hombre y Dios, continuó marchando de este modo por medio de una corrupción siempre progresiva de la sociedad, hasta que en la revolución francesa fué negado el mismo Dios por la sociedad, cosa que jamás se había visto; y en que el mundo ha sufrido mayores males, y se ha visto amenazado de una catástrofe mas terrible todavía que en los últimos tiempos del imperio romano, porque la verdad eterna, habiendo obrado por sí el último milagro de la gracia, no debe ahora mas que justi-

cia, y no volverá ya á reaparecer entre los hombres sino en el día del juicio.

Y verdaderamente hubiera desaparecido el mundo si *según lo prometido*, esa gracia que ilumina y vivifica no se hubiera refugiado en un reducido número de corazones humildes, fieles y generosos. Ellos combatieron por la verdad, fueron sus mártires; y son todavía sus apóstoles. Alrededor de la luz que les ha sido concedida de lo alto, han sabido reunir y reúnen todavía todos los días, á los que saben abrir los ojos para ver y los oídos para oír. Habiendo llegado el error á su último esceso y mostrándose en su última espresión, la verdad ha pronunciado con su boca sus mas formidables decretos, ha descubierto á la vez todos sus principios para siempre inmutables, y sus consecuencias no menos absolutas: todas las dudas han desaparecido, todas las precauciones de timidez ó de prudencia han cesado; estos valerosos atletas han trazado con mano firme el dique de separación; y lo que es también nuevo debajo del sol, las dos *ciudades*, la del mundo y la de Dios, se han separado para ya no confundirse jamás hasta el fin, y desde esta vida, se han puesto de manifiesto á la vista de todos.

Entre esos intérpretes de la verdad, tan visiblemente elegidos y llamados por ella para restablecer su imperio y levantar sus altares, nadie se ha presentado con mayor brillantez que el conde de Maistre; desde el principio de la grande época en que tenemos la desgracia de vivir, dejó oír su voz, y sus primeras palabras que resonaron en la Europa entera (1) dejando un recuerdo que no han podido borrar treinta años de acontecimientos inauditos. Lo mismo que las de los profetas, sus palabras descorrían el velo del porvenir, al mismo tiempo que indicaban á los hombres los medios de hacerlos mejores. Lo que ha vaticinado ha sucedido; ¡ojalá sea un día seguido en lo que ha aconsejado!

Fué menester callar cuando toda la tierra callaba ante un solo

(1) En la famosa obra titulada *Consideraciones sobre la Francia*, publicada en 1796. Aunque rigurosamente prohibida por el poder que entonces tiranizaba á la Francia, tuvo en el mismo año tres ediciones, y la cuarta en el siguiente. Desde 1793, época de su retirada al Piamonte, Mr. de Maistre había hecho aparecer dos cartas de un *Realista savoyano* á sus compatriotas, y en 1795 había publicado otro escrito bajo el título de *Juan Claudio Tetu, alcalde de Montagnole*; folleto, dicen, tan picante como ingenioso sobre las opiniones del momento. En 1796 sus *Consideraciones sobre la Francia* fueron precedidas de un escrito titulado: *Carta de algunos parientes de los militares savoyanos á la nación francesa*, en la que combatía con mucha energía la aplicación de las leyes francesas sobre la emigración á los súbditos del rey de Cerdeña. Mallet du Pont fué el editor de esta última obra.

hombre: en el silencio y el destierro fué donde Mr. de Maistre preparó y concluyó en parte los trabajos que debían completar esa especie de misión que había recibido de iluminar y reprender á su siglo, el mas ciego y mas criminal sin duda alguna de todos los siglos. Con todo eso, desde 1818, publicó en S. Petersburgo la obra titulada: *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas*. En ese libro, corto, pero todo sustancial, el autor, remontándose al poder divino como á fuente única de toda autoridad sobre la tierra, parece detenerse con cierta complacencia sobre esta grande idea, que en efecto lo fecunda todo en el mundo de las inteligencias, de la que iban á emanar bien pronto todas sus demas producciones. En un objeto que era puramente metafísico, se le echó en cara el haber sido demasiado metafísico; los que le vituperaron ese hecho no sabían, y quizá no saben todavía, que en la metafísica es donde debían irse á atacar los errores que corrompen y desuelan hoy la sociedad; porque las bases de esta ciencia son falsas, desde Aristóteles hasta nuestros días, y yo no sé que de falso se ha infiltrado por todo y hasta en el seno de la verdad misma, es decir, hasta en las palabras y en los escritos de un gran número de sus mas sinceros y mas ardientes defensores. Podemos concebir alguna esperanza de que bien pronto se dejará ver esa grande y útil reforma, y M. de Maistre tendrá la gloria de haber contribuido poderosamente á ella.

En 1816, apareció su traduccion francesa del tratado de Plutarco, intitulado; *Sobre las dilaciones de la justicia divina en el castigo de los culpables*. En las sabias y profundas notas con que acompaña esta traduccion, M. de Maistre hizo ver el espíritu del cristianismo egerciendo su influencia secreta é irresistible sobre un filósofo pagano, iluminándole á su pesar, y haciéndole decir cosas que toda la sabiduria humana abandonada á si misma no hubiera podido jamás decir ni imaginar. Se vé desde luego que los grandes misterios de la Providencia ocupaban profundamente á este espíritu cuya mirada era tan justa y tan penetrante; cuando trataba, tanto como es permitido hacerlo á un hombre, de penetrar sus profundidades y justificar sus decretos. A seguir en efecto á la Providencia en todos sus caminos, es á lo que se había dedicado sin descanso en sus largos y laboriosos estudios; y pronto se vió aparecer el famoso libro en el que, levantándose con un vuelo de aguilá sobre todas las preocupaciones recibidas, atacando todos los errores acreditados, echando abajo todos los sofismas de la mala fé y de la falsa erudicion, nos hizo visible la Providencia en el gobierno *temporal* de los papas, que ha presentado atrevidamente bajo

*este aspecto*, como los bienhechores y los conservadores de la sociedad europea, despues de tantas declamaciones ineptas que desde hace tres siglos no dejan de declararlos como sus tiranos y verdugos. No se ha contestado á los dos primeros volúmenes de este libro, calificado de SUBLIME por uno de los mayores talentos de nuestra época; ( el vizconde de Bonald ), y aun cuando el objeto sea mas político que religioso, la impiedad, que se cree justamente atacada cuando se habla del gefe de la Iglesia, no siendo para insultarle, no lo hubiera dejado sin respuesta si hubiera sido posible responderle. No se responderá ciertamente mejor al tercero que trata especialmente del Papa en sus relaciones con la *Iglesia galicana*. Sin duda que no vencerá á los espíritus apasionados y envejecidos en los hábitos de una doctrina absurda y peligrosa, pero las pasiones mas irascibles quedarán reducidas al silencio.

No diremos que las *Veladas de S. Petersburgo* que hoy publicamos, sean una obra superior á su libro *Del Papa*. Ambas son obras del genio, ambas nos parecen igualmente bellas: sin embargo, por admirada, que haya sido esta ultima, no dudamos que las *Veladas* encontrarán un número mayor de admiradores. En el libro *Del Papa*, Mr. de Maistre no desenvuelve mas que una sola verdad; y solo á presentarla con toda la claridad del medio dia, es á lo que consagra todos los recursos de su talento y prodiga todos los tesoros de su saber; pero en esta el campo es mas vasto, ó por mejor decir sin límites: considera al hombre en todas sus relaciones con Dios; trata de conciliar el libre alvedrio y el poder divino, y de esplicar el grande enigma del bien y del mal, apoderándose de innumerables verdades, ó mejor de todas las grandes y útiles verdades que considera como sus propios intereses, para defenderlas como poseedor legitimo contra el orgullo y la impiedad que han atacado á todas ellas. Por medio de un camino sembrado de peligros, marcha con paso firme con la antorcha de las tradiciones en la mano; y su razon recibe de ellas rayos luminosos que hace irradiar sobre todos los objetos cuyas profundidades sondea. Nunca la abyecta filosofía del siglo XVIII encontró adversario mas temible: ni la ciencia, ni el genio, ni le imponen las reputaciones; avanza sin cejar, echando por tierra delante de si todos esos colosos de pies de barro; y usa de armas de toda especie para combatirlos: el grito de indignacion, la amarga risa del desprecio; la acerada saeta del sarcasmo; una dialéctica que aterra; rayos de elocuencia que abrazan sus argumentos. Nunca se ha penetrado con mas sagacidad en los repliegues mas tortuosos de un sofisma para traerle á la luz del medio dia y mostrarle tal cual es absurdo ó ridiculo;

nunca se empleó una erudición mas estensa y mas variada con mas habilidad y mas juicio para fortalecer el razonamiento con todo el poder de la exactitud. Luego despues, cuando penetra hasta el fondo del corazon del hombre, cuando visita, por decirlo así, las partes mas secretas de su inteligencia, ora esplique su fuerza, ora descubra su debilidad ¡que multitud tan ingeniosa de consideraciones, de frases inesperadas, de verdades nuevas y profundas! Qué sentimientos tan tiernos, tan delicados y tan generosos! Qué fé tan piadosa y tan fuerte! Qué talento sino el suyo ha podido CONCEBIR pensamientos tan grandes, y tan admirables sobre la guerra! Qué corazon el suyo donde parecen manar como de una fuente pura, y vivificante, palabras tan animadas y tan tiernas sobre la ORACION!

En todas las obras que habia publicado hasta esta, habia sido juzgada la manera de escribir de Mr. de Maistre como clara, nerviosa, animada, abundante en brillantes espresiones y en giros originales: estos son sus principales caracteres. En las *Veladas*, donde parecen precipitarse bajo su pluma objetos variados é innumerables, el ilustre escritor se entrega á ellos con mas intensidad, adoptando todos los tonos. A la fuerza y á la brillantez sabe unir segun el caso, la gracia y la dulzura; sabe estender ó contraer su estilo con igual encanto como flexibilidad, ese estilo disfruta de la viveza, de toda la vida, de esa alma donde habia una superabundancia de vida. No es por fortuna un estilo académico, es el de los grandes escritores, que no toman de los clásicos sino lo quede ellos debe tomarse, recibiendo lo demas de sus propias inspiraciones. ¿Y no es así en efecto como conviene oír y poner en práctica las tradiciones en nuestro gran siglo literario? Esas tradiciones no están perdidas, como parece temer algunos amantes delicados de las letras, harto prendados quizá de ciertas bellezas de language, partidarios demasiado exclusivos de cierta manera de escribir que no es de nuestra época, y no teniendo cuidado sino en la imitación servil, que hace los retóricos y que es justamente desdeñada del escritor que sabe pensar y tiene conciencia y energia. Los principes de nuestra literatura, que deben ser sin duda constantemente nuestros modelos, ¿cómo se habian formado ellos mismos para enriquecer sus escritos con los preciosos despojos que habian arrebatado á los sublimes genios de Grecia y de Roma? Se hacian griegos y romanos? De ninguna manera: permanecian franceses, y franceses como lo eran los del tiempo de Luis XIV. A un gusto esquisito y al mas seguro criterio, sabian acomodar la elocuencia de las repúblicas; y la inspiración de las musas paganas á las nobles y dulces costumbres

de una grande y apacible monarquía, á la moral pura y austera de una religion bajada del cielo. Así es como ofreciéndonos el modelo, nos han dejado tambien el precepto. Imitemos, pues, como ellos mismos han imitado: imitemos sin cesar esas obras maestras con que han honrado la palabra humana, mas quizá de lo que se habia hecho antes de ellos; pero visitemos a mismo tiempo y con un ardor no menos estudioso, esas antiguas y fecundas fuentes donde bebieron antes que nosotros, y encontraremos todavia algo despues de ellos que utilizar; y tratemos de hacer de lo que allí hayamos reunido un uso útil y generoso, segun los tiempos en que vivimos y las circunstancias en que nos encontramos. Todo hombre que una á un gran sentido comun un talento verdadero conocerá que el siglo XIX no puede ser literario en la forma que lo fué el XVII: que no se escribe, y que en efecto no debe escribirse en medio de los desórdenes, de los errores, de las pasiones, de los odios; en medio de la mas horrible corrupcion, como se escribia en el seno del orden, de la paz, de todas las prosperidades, cuando la sociedad estaba en cierto modo llena de fé, de esperanza y de amor. Ah! no hay que dudarlo, si esas grande inteligencias hubiesen vivido en nuestros desgraciados tiempos, la dulzura de Massillon se hubiera cambiado en vehemencia, una santa indignación trasportando á Bourdaloue, hubiera dado movimientos mas apasionados á su poderosa dialéctica; Pascal hubiese dirigido hácia el mismo objeto las saetas brillantes de su sátira, y las no menos penetrantes saetas de su varonil elocuencia; la voz de Bossuet hubiera producido truenos mas retumbantes todavia; Boileau y Racine, ambos tan llenos de razon, considerarian hoy como vanos entretenimientos las obras maestras que constituyen su inmortalidad; y abandonando esas agradables é inocentes fábulas de que habian formado rica cosecha entre los antiguos, quizá demasiado abundante, se les veria consagrarse únicamente á alabar ó defender la bondad celestial, todos esos donativos celestes del genio y del talento que les habian sido prodigados tan magníficamente. Imitemos ahora, pues, esos modelos perfectos; pero sin asemejarnos á ellos, es como se puede aspirar á vivir tan largo tiempo como ellos; por no haberse arrastrado servilmente sobre sus huellas, por haber marchado con libertad por el mismo camino, por ese camino ensanchado durante dos siglos y que sobre todo conduce mas lejos, es como Mr. de Maistre y algunos otros raros talentos (1) han levantado

(1)..... *Pauci quos æquus amavit*  
Jupiter.

(Virg.)

monumentos destinados, como los del gran siglo, á vivir tan largo tiempo como la lengua francesa, y á servir á su vez de modelos á la posteridad. La crítica encontrará sin duda alguna en los escritos de este hombre célebre algo que censurar: pero ¿qué obra hubo jamás que fuese perfecta?

Observará particularmente en la obra que publicamos, algunas espresiones y aun algunas complacencias que el buen gusto del autor hubiera debido rechazar; le echará en cara el dar algunas veces á la razon las apariencias de sofisma, por la manera escudriñadora y demasiado sutil con que presenta ciertas verdades; pero si esta crítica es franca, razonable é imparcial, reconocerá al mismo tiempo que sería impropio de ella el detenerse en estos escasos y ligeros defectos que se pierden entre la brillantez de tantas bellezas superiores y muchas veces del orden mas sublime.

A seguida de las *Veladas*, irá un opúsculo titulado *Aclaraciones sobre los sacrificios*; y no tememos decir que en este volumen no hay nada quizá que pueda producir impresiones mas profundas. El autor, con su prodigiosa erudicion, que parece superarse aqui á si misma por nuevos prodigios recorre el mundo entero y compulsa sus anales mas oscuros y mas ocultos, para mostrarnos el sacrificio SANGRIENTO, establecido en todos los tiempos, en todos los lugares, sobre la fé de una tradicion universal é inmemorial, que por todas partes ha enseñado y persuadido: «que la carne y la sangre son culpables, y que el cielo está irritado contra la carne y la sangre; que en la efusion de la sangre hay una virtud *espiatriz*; que la sangre culpable puede ser *rescatada* por la sangre inocente.» Creencia inesplorable que ni la razon, ni la locura han podido inventar, y menos todavia hacer adoptar generalmente; creencia misteriosa, que tiene su raiz en las últimas profundidades del corazon humano, y que en sus aplicaciones mas crueles, mas violentas, ma erróneas, se anuda por invisibles lazos á la mas grande de las verdades. El autor persigue esta verdad por las huellas de luz que deja trás de si á traves de la profunda noche de la idolatria. En medio de los errores de tantas falsas, religiones encuentra mas ó menos alterados todos los dogmas de la verdadera, todas sus promesas, todos sus misterios, todos los destinos del hombre, y viene á concluir prosternándose ante el sacrificio incomprendible que *todo lo ha consumado*, á los pies de la gran victima que ha obrado la *salvacion* del mundo entero *por la sangre*. Nada mas admirable que este trozo: es un cuadro que puede decirse acabado en todas sus partes.

Ay de mi! no ha sucedido lo mismo con el libro de las *Veladas*.

Estaba decretado que el conde de Maistre no recibiera aqui bajo en la tierra, la última corona debida á sus largos y piadosos trabajos; trabajaba todavia en esta bella obra, cuando Dios ha querido llamarle á si para darle, en un mundo mejor, esa corona «*que la polilla y los gusanos no alterarán, esa corona incorruptible que no será jamás arrebatada* (1).» Los que le amaban no se consolarán de haberle perdido; la Europa entera ha derramado lágrimas por esta pérdida verdaderamente europea; y estas lágrimas se renovarán sin cesar en los corazones generosos cuando dirigiendo la vista hácia las lineas semiacabadas que terminan el undecimo diálogo, las últimas que ha trazado, vean que con la mano ya desfallecida se ocupaba entonces de sondear la llaga mas profunda de nuestra época, (el protestantismo) de demostrar el peligro siempre creciente, y de buscar sin duda remedios para él. Asi es, como imitando hasta el último momento á su divino modelo, ha empleado su vida en obrar el bien, *Pertransiit benefaciendo*. (Act. x. 38.)

(1) *Thesaurizate autem vobis thesauros in caelo, ubi neque aerugo neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt nec furantur.* Matth. vi. 20.